

arte de la guerra, para que la inmensidad de su número supliese aquella falta. Verdad es que estaban distribuidos en compañías, cada una con su jefe respectivo; pero no estaban dispuestos en filas, y se movían formando una masa confusa y revolviéndose y atropellándose ellos solos. No sabían concentrar sus fuerzas en un punto dado, ni aun sostener un ataque empleando destacamentos sucesivos que se ayudasen y protegiesen entre sí: solo una pequeña parte de sus tropas podía ponerse en contacto con el enemigo, aunque este fuera muy inferior en número; y el resto del ejército quedaba á retaguardia ocioso é inutilizado, ó sirviendo cuando mas de empujar á los de adelante y de embarazar sus movimientos, aunque no fuese mas que con el peso mismo de su gran número: á la menor alarma eran sobrecogidos de un terror pánico y ponían al ejército entero en la mas enmarañada confusion. Era, en suma, el combate de los antiguos griegos contra los persas.

Con todo y esto, la gran superioridad numérica de los indios hubiera bastado para acabar, aunque fuese á gran costa, con la constancia de los españoles estenuados por sus heridas é incesantes fatigas, á no ser porque se originaron disensiones entre aquellos. Un capitán tlaxcalteca, agraviado de que Xicotencatl le habia acusado ásperamente de haberse conducido con cobardía en la última batalla, de-

safió á su rival á singular combate, que al fin no tuvo verificativo; pero ardiendo en resentimiento, escogió aquel momento para satisfacerlo, sacando del campo á sus tropas que subían á 10,000 hombres, y persuadiendo á otros capitanes á que imitasen su ejemplo.

Reducido á la mitad de sus fuerzas, y muy abatido por las ocurrencias de aquel dia, conoció Xicotencatl que no le era posible disputar el campo por mas tiempo á los españoles; así es que, despues de defenderlo con admirable valor por mas de cuatro horas, se retiró y se los abandonó. Estaban estos demasiado cansados, y muchos de ellos no solo esto, sino imposibilitados por sus heridas para perseguir al enemigo, por lo que satisfechos con el triunfo que habian alcanzado, se volvieron á sus reales en el cerro de Tzompach.

El número de españoles muertos era pequeñísimo, no obstante el gran daño que habian causado á sus enemigos. Los pocos que hubo, fueron enterrados con el mayor sigilo, no solo para ocultar la pérdida, mas tambien para que no se descubriese que los blancos eran mortales.¹ Pero muchos de ellos y todos sus caballos, estaban heridos; agravan-

¹ Así dice Bernal Diaz, quien al mismo tiempo por los epítetos *los muertos, los cuerpos*, confiesa de plano la contradicción en que incurre con respecto á que no hubo mas que un solo muerto en toda la refriega. (Cap. 65.) Cortés no tiene la gracia de confesar ni siquiera este único.

do mucho la angustiada situación de los españoles la falta de algunos artículos de la mayor importancia, como de aceite y de sal, artículo que, como lo hemos dicho, no había en Tlaxcalan; sus vestidos, acomodados á un clima templado, no bastaban para abriganles del inclemente aire de los montes; y como dice con sarcasmo Bernal Diaz, la ballestas ofrecían muy poco abrigo contra la intemperie.¹

Sin embargo, aquella jornada les proporcionaba harto con que consolarse, pues les debía inspirar confianza plena de que eran superiores á sus enemigos. No es esto decir que debieran despreciarles; que en combate singular y con armas iguales bien podían habérselas con los españoles;² pero los acontecimientos de ese día habían probado la superioridad de la ciencia y la disciplina sobre el valor y el número: sucedía lo que en las antiguas batallas entre los europeos y los asiáticos; bien que podemos recordar que en punto á armas, no llevaban los

¹ Oviedo, lib. 33, cap. 4. Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 52. Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 6, cap. 6. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83. Gomara, cap. 46. Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 32. Bernal Diaz, caps. 65, 66.

Los ardientes y cabalerosos sentimientos que animan la narración de este último historiador, le hacen mejor pintor que muchos de sus correctos y clásicos rivales; y aunque en sus escritos hay mucho de ese tono jactancioso, de quien puede decirse *quorum pars magna fuit*, bien puede perdonarse esto al héroe de mas de cien batallas, señalados por casi otras tantas heridas.

¹ El conquistador anónimo dá concluyente testimonio de haber

griegos que vencieron á Xerxes y Darío, las mismas ventajas que tenían los españoles sobre los indios. El uso de las armas de fuego les daba una superioridad tan enorme, que no es fácil estimarla; pero que seguramente es tal, que si hoy se repitiese un combate entre dos naciones iguales bajo todos respectos, y sin otra diferencia que la de usar la una, y la otra no, las armas de fuego, el éxito sería fácil de predecirse en favor de la primera. Allégase á esto el efecto producido por la caballería: las naciones de Anáhuac no domesticaban animales grandes, y desconocían completamente el uso de la bestias de carga. Su imaginación quedaba embargada al ver la rara figura que hacían caballo y jinete moviéndose unísonos y á un solo impulso, como si ambos estuviesen animados de un mismo espíritu; y nada tiene por lo tanto de extraño, que al ver el terrible animal cuyo cuello estaba envuelto en el trueno y rompía sus escuadrones y los hollaba en el polvo, hayan experimentado la misteriosa pavora que inspiraba la aparición de un ser sobrenatural. La mas leve reflexión acerca de la superioridad tanto física como moral de los españoles, basta para explicar el éxito

visto entre los indios algunos tan valientes, que él vió casos de que uno solo se defendiese contra dos, tres y aun cuatro españoles. «Sono fra loro, de valentissimi huomini et che ossado morir ostinatissimamente. Et io ho vedutto ud d'essi difendersi valentemente da duoi cavalli leggieri et un altro da tre et quattro.» Relac. d'un gent. huom, en Ramusio, tomo III, fól. 305.

constantemente adverso á los indios, sin que esteredunde en mengua ni menoscabo de su valor y capacidad.¹

Cortés juzgó que el importante revés que habian padecido los indios, era una circunstancia favorable para mandarles otra nueva embajada semejante á la que habian ellos últimamente enviado á los españoles, pero el senado no estaba todavía suficientemente abatido. Maxixcatzin, uno de los cuatro gobernadores de la república, reiteraba con gran fuerza los argumentos que antes habia hecho para que se abrazase la alianza con los extranjeros: los ejércitos de la república habian sido vencidos demasiadas veces para poder ya esperar una resistencia fructuosa, y la generosa conducta que habia seguido el Conquistador con los prisioneros, conducta tan diversa de la que se acostumbraba en Anáhuac, era otro nuevo argumento que alegaba en favor de la alianza con aquellos hombres que se mostraban no menos generosos como amigos, que formidables como enemigos. Mas estas razones eran contrariadas por la animosidad de los del partido de la guerra, cuyas últimas derrotas parecia que mas bien les habian irritado que abatido. Sus disposiciones hostiles eran fomentadas por el jóven Xicotencatl, que an-

1 El espanto que produjo el aspecto de la caballería entre los indios, es semejante al que nos cuenta Plutarco que produjeron los caballos de Pirro entre las legiones romanas.

helaba impaciente por una ocasion en que poder vengar su desgracia y lavar la mancha que por primera vez habia caido sobre las armas de la república.

En medio de aquella vacilacion, acudieron á la ayuda de los sacerdotes, cuya autoridad era frecuentemente interpelada en semejantes ocasiones, por los guerreros de América. Lo que le preguntaron primeramente á aquellos oráculos fué si los extranjeros eran tambien hombres de carne y hueso como ellos, ó si eran seres sobrenaturales. Cuéntase que los sátrapas, despues de algunas discusiones respondieron, que no eran precisamente dioses, pero sí hijos del sol: que su principal fuerza la recibian de este astro, por lo que luego que se extinguia su luz, quedaban aquellos débiles y sin fuerza; por lo tanto recomendaban un ataque por la noche, por ser el tiempo mas favorable. Tal respuesta, en apariencia pueril, tenia mas de astuta que de crédula. No seria extraño que la hubiese dictado Xicotencatl mismo ó los caciques, con el objeto de predisponer favorablemente al pueblo hácia una medida que repugnaba á los usos militares y aun pudiera decirse que al derecho público de Anáhuac. Pero ya fuese hija de la supersticion ó del ardid, se puso en obra aquel consejo, facultando al general tlaxcalteca para emprender un ataque nocturno á la cabeza de diez mil guerreros.

La cosa se hizo con tanto sigilo, que no llegó á oídos de los españoles; mas el general de estos no era hombre que se dejaba sorprender ni dormido ni despierto. Afortunadamente la noche que escogieron para atacarlos, estaba alumbrada por una hermosa luna llena, brillante como lo es en los meses del otoño. Habiendo apercebido uno de los centinelas que se movía un considerable cuerpo de indios hácia el campo de los cristianos, les dió inmediatamente el grito de alarma.

Los españoles dormían, como lo hemos dicho, con las armas á su lado; y los caballos atados junto á ellos, tenían el freno pendiente del arzon, de manera que podía ensillárseles al punto. En cinco minutos el campamento entero estaba sobre las armas. A poco comenzaron á ver las gruesas columnas de indios que se adelantaban lenta y cautamente, sin levantar la cabeza sobre las cañas de maíz de que estaba sembrado el valle. Cortés determinó no esperar el asalto en su campamento, sino precipitarse sobre los indios tan pronto como hubiesen llegado al pié del cerro.

Continuaban estos caminando despacio y con precaucion, mientras los españoles permanecían tan silenciosos, que parecían dormidos: pero no bien habían llegado aquellos al pié de la falda del cerro, cuando les atronó el imponente grito de guerra de los cristianos, al que siguió la instantánea aparicion

de todo el ejército, que salió de súbito de sus reales, y se precipitó por la falda de la colina. A la perturbada imaginacion de los tlaxcaltecas, aparecieron cuando les vieron blandir sus armas, como otros tantos demonios ó espectros que vagaban en el aire, y mas, que la incierta luz de la luna aumentaba su número y exageraba las dimensiones del cabalgador y del corcel de un modo gigantesco.

Sin aguardar la carga de los euemigos, apenas dispararon los indios una ligera descarga de flechas, cuando echaron á huir, poseidos de terror pánico; pero muy pronto les dió alcance la caballería, que atropellando á los fugitivos hizo en ellos horrible matanza, hasta que cansado Cortés, reunió otra vez á sus tropas despues de dejar cubierto el campo con los sangrientos despojos de la victoria.¹

Al dia siguiente, segun lo acostumbraba hacer despues de dar un golpe, envió el comandante español una nueva embajada á la capital de Tlaxcalan, dando sus instrucciones á los embajadores por medio de la intérprete Marina, de esta extraordinaria mujer que con tan rara constancia y sufrimiento habia participado de los riesgos y fatigas de los españoles, y que lejos de manifestar la debilidad y flaqueza de

¹ Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 53, 54. Oviedo, Hist. general de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3. P. Martir, de Orbe Novo, Dec. 2, cap. 2. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4 cap. 32. Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 6, cap. 8. Bernal Diaz, op. cit., cap. 66.

su sexo, se había mostrado varonil y esforzada y había trabajado por fortificar el decaído ánimo de los soldados; no perdiendo ninguna coyuntura de endulzar y mejorar la dura suerte de sus compatriotas indios.¹

Mediante este fiel intérprete, dió sus instrucciones á los embajadores tlaxcaltecas: les hizo las mismas ofertas de amistad que anteriormente, y ofreció el completo olvido de lo pasado; pero les previno que si ahora las rehusaban, entraria como conquistador en la capital de la república, la arrasaria hasta los cimientos, y pondria á todos sus habitantes al filo de su acero: en seguida los despidió, poniéndoles los simbólicos regalos de una carta en una mano, y una saeta en la otra.

Los enviados alcanzaron del senado que les diese respetuosa audiencia. Encontráronle á todo él profundamente abatido por los últimos reveses: el malogro del ataque nocturno, había extinguido de sus pechos hasta la última chispa de esperanza: sus ejércitos habían sido vencidos una y otra vez, tanto en campo raso como en emboscadas: el ardid y la fuerza, todo había sido igualmente inútil con aquel ene-

¹ «Digamos como Doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer. Bernal Diaz, cap. 66.

migo, cuya mano nunca se cansaba, y cuyos párpados no se cerraban jamas: nada quedaba ya, pues, mas que rendírsele. Escogieron á cuatro caciques y les encargaron de un mensaje al campo de los cristianos, á quienes debian ofrecer á nombre de la república el paso que solicitaban por su territorio, y un amistoso recibimiento en su capital, decirles que sus proposiciones de amistad eran acogidas cordialmente, y pedirles atentas excusas por lo pasado: debian igualmente tocar en el campo tlaxcalteca, informar á Xicotencatl de la comision que llevaban, y prevenirle que se abstuviese de repetir sus hostilidades contra los blancos, y que por el contrario, les proveyese ámpliamente de víveres.

Mas los enviados tlaxcaltecas no encontraron á este gefe de humor de cumplir las instrucciones que le llevaban. Sus repetidos encuentros con los españoles ó tal vez el temple natural de su alma, le hacian no tenerles el mismo terror que el vulgo de sus compatriotas: él veia á los invasores, no como á seres sobrenaturales, sino como á hombres enteramente semejantes á él. Las humillaciones que le habían hecho sufrir habían inflamado el odio y el implacable rencor del guerrero, cuya cabeza estaba llena de mil proyectos para recobrar su mancillado honor y vengarse de los invasores de su patria. Se rehusó, pues, á inutilizar ninguna parte de la fuerza todavia formidable que le obedecia y á mandar ningunos ví-

veres á los blancos, y bien léjos de esto, indujo á los embajadores á que se quedasen con él y á que no fuesen á visitar á los españoles; con lo que estos quedaron ignorantes de lo que en favor suyo se habia dispuesto en la capital de la república.¹

La conducta de Xicotencatl, es calificada por los escritores españoles, de bárbara y feroz. Es muy natural que ellos la juzgen de esta suerte; pero los que están ezentos de todá preocupacion nacional, deben verla de una manera muy diversa. Mucho hay que admirar en aquella alma elevada é indómita que como una magnífica columna se levantaba sola llena de magestad y grandeza sobre los fragmentos y las ruinas que la circuián por todas partes. El dió muestras de perspicacia y sagacidad, puesto que rompiendo el trasparente velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles y penetrando el porvenir, entrevió las miserias en que iba á ser envuelta su patria; y desplegó el noble patriotismo de quien intenta salvarla á cualquier precio, y en medio del abatimiento universal procura infundir en toda la nacion el intrépido valor que á él le anima y alentarla á un último esfuerzo por conservar la independencia.

¹ Ibid. cap. 66. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. SM., cap. 83.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Págs.
PREFACIO.....	III
LIBRO PRIMERO.—INTRODUCCION.—OJEADA SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS AZTECAS.—CAP. I.—México an- tiguo.—Clima y producciones.—Razas primitivas.—Imperio azteca.....	1
CAP. II.—Sucesion á la corona.—Nobleza azteca.—Sistema ju- dicial.—Leyes y hacienda.—Instituciones militares.....	23
CAP. III.—Mitología mexicana.—Sacerdotes.—Templos.—Sa- crificios humanos.....	57
CAP. IV.—Geroglíficos mexicanos.—Manuscritos.—Aritmética. —Cronología.—Astronomía.....	98
CAP. V.—Agricultura.—Artes mecánicas.—Comercio.—Cos- tumbres privadas.....	144
CAP. VI.—Tetzcoanos.—Su edad de oro.—Príncipes exelen- tes.—Declinacion de su monarquía.....	179
LIBRO SEGUNDO.—CAP. I.—España bajo Cárlos V.— Progresos de los descubrimientos.—Política colonial.—Con- quista de Cuba.—Expediciones á Yucatan.....	235
CAP. II.—Hernan Cortés.—Primeros años de su vida.—Su	